Soy yo quien construyo una casa para ti

Homilía 24 de diciembre de 2016

2Sam 7,1-5.8-12.14.16 **p. G. Paparone o.p.**

He leído este fragmento bastante amplio porque era necesario hacerlo para poder comprender la reflexión que ahora quiero proponer, una reflexión importantísima para nuestra vida de fe, porque sus protagonistas son dos grandísimos personajes: **el rey David** – el untado, el escogido, aquél a quien se le atribuye la composición de algunos salmos, considerado ser también él un profeta – y **el profeta Natán.**

Estos dos amigos de Dios, personas que vivieron en su presencia y fueron visitadas por Él, formulan un proyecto. Es más bien David quien formula un proyecto: el de construir un templo, una casa, un lugar donde poder adorar a Dios, y el profeta Natán está de acuerdo con él.

Por lo tanto dos hombres extraordinarios, dos hombres espirituales, dos hombres inspirados. Sin embargo el texto nos dice que **esta inspiración no proviene de Dios**, se trata de una inspiración humana, es el fruto de un razonamiento humano: *esa misma noche el Señor aparece ante el profeta Natán y le dice ve y dile a David...*

Mis queridos, nos encontramos de frente al misterio de los misterios.
Nos encontramos de frente a una página bellísima que puede ayudarnos mucho en nuestro fatigoso camino.

También nosotros a menudo queremos construir una casa para Dios, formulamos proyectos y propósitos, deseamos honrar a Dios, crear estructuras, actividades, cosas que a nuestros ojos aparecen bellas, razonables, necesarias, debidas: yo vivo en una demora real – piensa David – y el Señor en una tienda... entonces quiero rendir homenaje y culto a Dios y quiero construir un palacio bello...

Cuántos palacios le hemos construido a Dios, cuántas iglesias, cuántos templos...

En vez, el Espíritu de Dios le dice al profeta Natán que **no son ellos los que pueden hacer algo para Él sino que ¡es Dios quien hace algo para ellos!** Ellos pueden hacer solamente aquello que Dios les permite hacer.

Soy yo quien construyo una casa para ti, no eres tú que construyes algo para mi – dice Dios a David.

Entonces ¿qué debemos pensar de todo esto?
Debemos enmudecer y al mismo tiempo alabar y dar gracias a Dios.

La Navidad es el inicio de la construcción de esta casa que Dios quiso dar a David, porque la de Dios es una profecía; en efecto, el fragmento se concluye así: *cuando dormirás* – o sea cuando estarás muerto – *suscitaré un descendiente al cual Yo edificaré esta casa, él será hijo para ti y yo seré padre para él.*

La única verdadera casa en la cual podemos adorar a Dios, el único verdadero templo en el cual y a través del cual podemos adorar a Dios, es nuestra existencia concreta, nuestra vida, nuestra humanidad. Una vida, una humanidad que son el fruto de la acogida del proyecto, de la obra, de la arquitectura de Dios. Ya que Él ha declarado: *yo edificaré una casa*. Es Él quien construye y **la edifica haciendo nacer a Jesús en nuestros corazones.**

Homilía 24 de diciembre de 2016

2Sam 7,1-5.8-12.14.16 **p. G. Paparone o.p.**

Si queremos verdaderamente rendir homenaje a Dios, dejemos que el Señor construya su casa en nuestro corazón, en nuestra vida, en nuestras acciones, en nuestra humanidad...
El único verdadero modo de alabar a Dios es el de dejarle construir su casa dentro de nosotros.

Sea alabado Jesucristo.